



GILLES  
DELEUZE

PRÓLOGO DE  
MIGUEL MOREY

FOU  
CAU  
LEU

PAIDÓS Básica

**Gilles Deleuze**

# **Foucault**

*Prólogo de Miguel Morey*

Título original: *Foucault*, de Gilles Deleuze  
Publicado en francés por Les Éditions de Minuit

Traducción de José Vázquez Pérez

Diseño e ilustración de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño.  
Área Editorial Grupo Planeta, basado en una imagen de © Sophie  
Bassouls / Sygma / Corbis / Cordon Press

*1ª edición, 1987*

*1ª edición en esta presentación, septiembre 2015*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 1986 Les Éditions de Minuit, París

© 1987 de la traducción, José Vázquez Pérez

© 1987 de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U.,

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-493-3154-1

Depósito legal: B. 19.166-2015

Impresión y encuadernación: Book Print Digital, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

## INDICE

Prólogo a la edición española . . . . .	11
Advertencia. . . . .	23

### DEL ARCHIVO AL DIAGRAMA

Un nuevo archivista («La arqueología del saber») .	27
Un nuevo cartógrafo («Vigilar y castigar») . . .	49

### TOPOLOGÍA: «PENSAR DE OTRO MODO»

Los estratos o formaciones históricas: Lo visible y lo enunciable (saber) . . . . .	75
Las estrategias o lo no estratificado: El pensamiento del afuera (poder) . . . . .	99
Los pliegues o el adentro del pensamiento (subjetivación). . . . .	125
Anexo: Sobre la muerte del hombre y el superhombre . . . . .	159

## UN NUEVO ARCHIVISTA

(«*La arqueología del saber*»)

Un nuevo archivista es nombrado en la ciudad. Pero, ¿es verdaderamente nombrado? ¿No actúa según sus propias directrices? Algunos rencorosos dicen que es el nuevo representante de una tecnología, de una tecnocracia estructural. Otros, que toman su estupidez por una ocurrencia, dicen que es agente de Hitler, o que cuando menos ofende a los derechos humanos (no le perdonan que haya anunciado la «muerte del hombre»<sup>1</sup>). Otros dicen que es un simulador que no puede apoyarse en ningún texto sagrado, que apenas cita a los grandes filósofos. Otros, por el contrario, se dicen que algo nuevo, profundamente nuevo, ha nacido en filosofía, y que esta obra tiene la belleza de lo que rechaza: una mañana de fiesta.

En cualquier caso, todo comienza como en un relato de Gogol (mejor incluso que de Kafka). El nuevo archivista anuncia que ya sólo considerará enunciados. No se ocupará de lo que de mil maneras preocupaba a los archivistas precedentes: las proposiciones y las frases. Desdeñará la jerarquía vertical de las proposiciones que se escalonan unas sobre otras, pero también la lateralidad de las frases en la que cada una parece responder a otra. Móvil, se instalará en una especie de diagonal que hará legible aquello

1. Tras la aparición de *MC*, un psicoanalista procedía a un largo análisis en el que comparaba ese libro con el *Mein Kampf*. Más recientemente toman el relevo los que oponen a Foucault los derechos humanos...

que por lo demás no se podía aprehender, los enunciados, precisamente. ¿Una lógica atonal? Es normal sentirse inquieto. Pues el archivista intencionadamente no da ejemplos. Considera que hasta hace poco no ha cesado de darlos, incluso si él mismo no sabía en ese momento que eran ejemplos. Ahora, el único ejemplo formal que analiza es empleado expresamente para inquietar: una serie de letras que trazo al azar o que transcribo en el orden en el que aparecen en el teclado de la máquina de escribir. «El teclado de una máquina de escribir no es un enunciado; pero esa misma serie de letras, A, Z, E, R, T, enumerada en un manual de dactilografía, es el enunciado del orden alfabético adoptado por las máquinas francesas».<sup>2</sup> Tales *multiplicidades* no tienen ninguna construcción lingüística regular, y sin embargo son enunciados. ¿Azert? Habitados a los otros archivistas, cada cual se pregunta cómo, en esas condiciones, es capaz de producir enunciados. Máxime si se tiene en cuenta que Foucault explica que los enunciados son esencialmente *raros*. No sólo de hecho, sino de derecho: son inseparables de una ley y de un efecto de rareza. Ese es incluso uno de los rasgos que los oponen a las proposiciones y a las frases. Pues proposiciones siempre se pueden concebir tantas como se quiera, tantas como se podrían expresar unas «sobre» otras de acuerdo con la distinción de los tipos; la formalización como tal no tiene que distinguir lo posible de lo real, hace que aumenten las proposiciones posibles. En cuanto a lo que realmente se dice, su rareza de hecho se debe a que una frase niega otras, impide otras, contradice o reprime otras frases, de suerte que cada frase se ve todavía engrosada con todo lo que no dice, con un contenido virtual o latente que multiplica su sentido y que se presta a la interpretación, formando un «discurso oculto», verdadera riqueza de derecho. Una dialéctica de las frases siempre está sometida a la contradicción, aunque sólo sea para superarla o para profundizarla; una tipología de las proposiciones está sometida a la abstracción, que hace que a cada nivel corresponda un tipo superior a sus elementos. Pero la contradicción y

2. AS, 114.

la abstracción son los métodos de la abundancia de frases y proposiciones, como la posibilidad de oponer siempre una frase a otra frase, o de formar siempre una proposición sobre otra proposición. Los enunciados, por el contrario, son inseparables de un espacio de rareza en el que se distribuyen según un principio de parsimonia o incluso de déficit. En el campo de los enunciados no existe lo posible ni lo virtual; todo es real, toda realidad es en él manifiesta: sólo cuenta lo que ha sido formulado, ahí, en tal momento, y con tales lagunas, tales blancos. Sin embargo, es cierto que los enunciados pueden oponerse y jerarquizarse en niveles. En dos capítulos, Foucault muestra con rigor que las contradicciones de enunciados sólo existen gracias a una distancia positiva medible en el espacio de rareza, y que las comparaciones de enunciados están relacionadas con una diagonal móvil que permite confrontar directamente, en ese espacio, un mismo conjunto a diferentes niveles, pero también elegir directamente en un mismo nivel ciertos conjuntos sin tener en cuenta otros que, sin embargo, forman parte de él (y que supondrían otra diagonal).<sup>3</sup> El espacio rarificado permite esos movimientos, esas circulaciones, esas dimensiones y fragmentaciones inusitadas, esa «forma lacunar y fragmentada» que hace que, en materia de enunciados, uno se asombre no sólo de que se digan pocas cosas, sino de que «pocas cosas *puedan* ser dichas».<sup>4</sup> ¿Qué consecuencias tendrá esta transcripción de la lógica en el elemento de la rareza o de la dispersión, que no tiene nada que vez con lo negativo, sino que forma, por el contrario, la «positividad» característica de los enunciados?

Pero al mismo tiempo Foucault se vuelve más tranquilizador: si bien es verdad que los enunciados son raros, esencialmente raros, la originalidad no es necesaria para

3. AS, IV parte, capítos. 3 y 4. Foucault señala que en *MC* se ha interesado por tres formaciones del mismo nivel, Historia natural, Análisis de las riquezas, Gramática general; pero que habría podido considerar otras formaciones (crítica bíblica, retórica, historia...); sin perjuicio de descubrir «una red interdiscursiva que no se superpondría a la primera, sino que la cruzaría en ciertos puntos» (208).

4. AS, 157.

producirlos. Un enunciado siempre representa una emisión de singularidades, de puntos singulares que se distribuyen en un espacio correspondiente. Las formaciones y transformaciones de esos espacios plantean, ya lo veremos, problemas topológicos que se expresan muy mal en términos de creación, comienzo o fundamento. Con mayor motivo, en un espacio determinado, poco importa que una emisión se realice por vez primera, o que sea una repetición, una reproducción. Lo fundamental es la *regularidad* del enunciado: no una media, sino una curva. En efecto, el enunciado no se confunde con la emisión de singularidades que supone, sino con el aspecto de la curva que pasa por su entorno, y más generalmente con las reglas del campo en el que se distribuyen y se reproducen. Una regularidad enunciativa es eso. «La oposición originalidad-trivialidad no es, pues, pertinente: entre una formulación inicial y la frase que, años, siglos más tarde, la repite más o menos exactamente, la descripción arqueológica no establece ninguna jerarquía de valor; no establece una diferencia radical. Tan sólo trata de establecer la regularidad de los enunciados.»<sup>5</sup> El problema de la originalidad se plantea tanto menos cuanto que el del origen ni siquiera se plantea. No hace falta ser alguien para producir un enunciado, y el enunciado no remite a ningún *cogito* ni sujeto transcendental que lo haría posible, ni Yo que lo pronunciaría por primera vez (o lo recomenzaría), ni Espíritu del Tiempo que lo conservaría, lo propagaría y lo recuperaría.<sup>6</sup> Para cada enunciado existen «emplazamientos» de sujeto, muy variables por otro lado. Pero, precisamente porque diferentes individuos pueden ocuparlos en cada caso, el enunciado es el objeto específico de un cúmulo según el cual se conserva, se transmite o se repite. El cúmulo es como la constitución de un *stock*; no es lo contrario de la rareza, sino un efecto de esa misma rareza. También sustituye a las nociones de origen y de retorno al origen: como el recuerdo bergsoniano, el enunciado se conserva en sí mismo, en su espacio, y vive en la medida en que ese espacio subsiste o es reconstituido.

5. AS, 188 (y sobre la asimilación enunciado-curva, 109).

6. AS, 207 (especialmente la crítica de la *Weltanschauung*).



En torno a un enunciado debemos distinguir tres círculos como tres porciones de espacio. *Primero un espacio colateral*, asociado o adyacente, formado por otros enunciados que forman parte del mismo grupo. El problema de saber si es el espacio el que define el grupo, o, al contrario, el grupo de enunciados el que define el espacio, tiene poco interés. No existe espacio homogéneo indiferente a los enunciados, ni enunciados sin localización; los dos se confunden al nivel de las reglas de formación. Lo fundamental es que esas reglas de formación no se dejan reducir ni a axiomas, como ocurre con las proposiciones, ni a un contexto, como ocurre con las frases. Las proposiciones remiten verticalmente a axiomas de nivel superior que determinan constantes intrínsecas y definen un sistema homogéneo. Incluso una de las condiciones de la lingüística es establecer tales sistemas homogéneos. En lo que se refiere a las frases, éstas pueden tener uno de sus miembros en un sistema, y otro en otro sistema, en función de variables exteriores. Muy distinto es el enunciado: es inseparable de una variación inherente gracias a la cual nunca estamos en un sistema, sino que constantemente pasamos de un sistema a otro (incluso en el seno de una misma lengua). El enunciado no es ni lateral ni vertical, es transversal, y sus reglas están a su mismo nivel. Quizá Foucault y Labov están próximos uno del otro, especialmente cuando Labov muestra cómo un joven negro pasa constantemente de un sistema *black english* a un sistema «americano estándar», y a la inversa, según reglas a su vez *variables* o *facultativas* que permiten definir regularidades, no homogeneidades.<sup>7</sup> Incluso cuando parecen actuar en una misma lengua,

7. Véase Labov, *Sociolinguistique*, Ed. de Minit, 262-265. En Labov lo esencial es la idea de reglas sin constante ni homogeneidad. Nosotros podríamos invocar otro ejemplo, más próximo de las investigaciones posteriores de Foucault: cuando Krafft-Ebing hace su gran compilación de las perversiones sexuales, *Psychopathia sexualis*, las frases alemanas incluyen segmentos en latín cuando el objeto del enunciado deviene demasiado brutal. Se pasa constantemente de un sistema a otro en los dos sentidos. Se dirá que es en razón de circunstancias o de variables exteriores (pudor, censura); y eso es cierto desde el punto de vista de la frase. Pero, desde el punto de vista del enunciado, los enunciados de sexualidad en Krafft-

los enunciados de una formación discursiva pasan de la descripción a la observación, al cálculo, a la institución, a la prescripción, como a través de otros tantos sistemas o lenguas.<sup>8</sup> Así, pues, lo que «forma» un grupo o una familia de enunciados son reglas de transformación o de variación, del mismo nivel, que convierten a la «familia» como tal en un medio de dispersión y de heterogeneidad, justo lo contrario de una homogeneidad. Tal es el espacio asociado o adyacente: cada enunciado es inseparable de los enunciados heterogéneos a los que está ligado por reglas de transformación (vectores). Así, no sólo cada enunciado es inseparable de una multiplicidad «rara» y regular a un tiempo, sino que cada enunciado es una multiplicidad: una multiplicidad y no una estructura o un sistema. Topología de los enunciados que se opone tanto a la tipología de las proposiciones como a la dialéctica de las frases. Nosotros pensamos que un enunciado, una familia de enunciados, una formación discursiva, según Foucault, se define por líneas de variación inherentes o por un campo de vectores que se distribuyen en el espacio asociado: es el espacio como *función primitiva*, o el primer sentido de «regularidad».

La segunda porción de espacio es el *espacio correlativo*, que no hay que confundir con el asociado. En este caso se trata de la relación del enunciado, no ya con otros enunciados, sino con sus sujetos, sus objetos, sus conceptos. Aquí existe la posibilidad de descubrir nuevas diferencias entre el enunciado por un lado, y por otro las palabras, las frases o las proposiciones. En efecto, las frases remiten a un sujeto llamado de enunciación que parece tener el poder de hacer comenzar el discurso: se trata del YO como persona lingüística irreductible al ÉL, incluso cuando no es explícitamente formulada, el «Yo» como conector o sui-referencial. La frase es, pues, analizada desde el doble punto de vista de la constante intrínseca (la forma del Yo) y de las variables extrínsecas (el que dice Yo viene a ocupar

---

Ebing son inseparables de una variación propiamente inherente. No sería difícil mostrar que cualquier enunciado está en esa situación.

8. AS, 48 (el ejemplo de los enunciados médicos en el siglo XIX).

la forma). Muy distinto es lo que ocurre en el caso del enunciado: éste no remite a una forma única, sino a posiciones intrínsecas muy variables que forman parte del propio enunciado. Por ejemplo, si un enunciado «literario» remite a un autor, una carta anónima remite también a un autor, pero en un sentido totalmente distinto, y una carta ordinaria remite a un firmante, un contrato remite a un garante, una proclama a un redactor, una recopilación a un compilador...<sup>9</sup> Pues bien, todo esto forma parte del enunciado, aunque no forme parte de la frase: es una *función derivada* de la primitiva, una función derivada del enunciado. La relación del enunciado con un sujeto variable constituye una variable intrínseca del enunciado. «Durante mucho tiempo me he acostado temprano...»: la frase es la misma, pero el enunciado no es el mismo, según que se la relacione con un sujeto cualquiera o con el autor Proust que comienza así la *Recherche* y que la atribuye a un narrador. Es más, un mismo enunciado puede tener varias posiciones, varios emplazamientos de sujeto: un autor y un narrador, o bien un firmante y un autor, como en el caso de una carta de Mme. de Sévigné (siendo el destinatario distinto en los dos casos), o bien un relator y un relatado, como en el discurso indirecto (y especialmente en el discurso indirecto libre en el que las dos posiciones de sujeto se insinúan una en otra). Pero todas estas posiciones no son las figuras de un Yo primordial del que derivaría el enunciado: al contrario, derivan del enunciado, y por esa razón son los modos de una «no-persona», de un «ÉL» o de un «SE», «El habla», «Se habla», que se especifica según la familia de enunciados. Foucault coincide en esto con Blanchot, que denuncia toda personología lingüística y sitúa los emplazamientos de sujeto en el espesor de un murmullo anónimo. En ese murmullo sin comienzo ni final Foucault querría ocupar un sitio, justo donde los enunciados le asignan uno.<sup>10</sup> Y quizá sean éstos los enunciados más conmovedores de Foucault.

9. QA, 83. Y AS, 121-126 (especialmente en el caso de los enunciados científicos).

10. Así el principio de OD. El «se habla», en Foucault se presenta en MC como «el ser del lenguaje», y en AS como «Existe len-

Lo mismo habría que decir de los objetos y de los conceptos del enunciado. Se supone que una proposición tiene que tener un referente. Es decir, que la referencia o la intencionalidad es una constante intrínseca de la proposición, mientras que el estado de cosas que la cumple (o no) es una variable extrínseca. No ocurre lo mismo con el enunciado: éste tiene un «objeto discursivo» que no consiste en modo alguno en un estado de cosas al que hace referencia, sino que deriva, por el contrario, del propio enunciado. Es un objeto derivado que se define precisamente en el límite de las líneas de variación del enunciado como función primitiva. Al mismo tiempo, de nada sirve distinguir tipos de intencionalidad diferentes, de los cuales unos podrían ser cumplidos por estados de cosas, y otros permanecerían vacíos, siendo en ese caso ficticios o imaginarios en general (he encontrado un unicornio), o incluso absurdos en general (un círculo cuadrado). Sartre decía que, a diferencia de los elementos hipnagónicos constantes y del mundo común de la vigilia, cada sueño, cada imagen de un sueño tenía su mundo específico.<sup>11</sup> Los enunciados de Foucault son como sueños: cada uno tiene su objeto propio, o se rodea de un mundo. Así, «La montaña de oro está en California» es realmente un enunciado: no tiene referente, y, sin embargo, no basta con invocar una intencionalidad vacía en la que todo está permitido (la ficción en general). Este enunciado, «La montaña de oro...», tiene realmente un objeto discursivo, a saber, el mundo imaginario determinado que «autoriza o no semejante fantasía geológica y geográfica» (se entenderá mejor si recurrimos a «Un diamante grueso como el Ritz», que no remite a la ficción en general, sino al mundo tan particular del que se rodea un enunciado de Fitzgerald, en su relación con otros enunciados del mismo autor que constituyen una «familia»<sup>12</sup> Por último, la mis-

---

guaje». Nos remitiremos a los textos de Blanchot sobre el «él» (especialmente *La part du feu*, Gallimard, 29) y el «se» (especialmente *L'espace littéraire*, Gallimard, 160-161).

11. Sartre, *L'imaginaire*, Gallimard, 322-323 (trad. cast. editorial EDHASA).

12. AS, 118 (La montaña de oro...).

ma conclusión es válida para los conceptos: una palabra tiene realmente un concepto como significado, es decir, como variable extrínseca, con el que se relaciona en virtud de sus significantes (constante intrínseca). Pero, una vez más, no ocurre lo mismo con el enunciado. Este posee sus conceptos, o más bien sus «esquemas» discursivos propios, en el entrecruzamiento de los sistemas heterogéneos gracias a los cuales pasa como función primitiva: por ejemplo, los agrupamientos y distinciones variables de síntomas en los enunciados médicos, en tal y tal época o en tal formación discursiva (así, la manía, primero en el siglo XVII, luego en el XIX, la emergencia de la monomanía...)<sup>13</sup>

Si los enunciados se distinguen de las palabras, de las frases o de las proposiciones, es porque comprenden en sí mismos, como sus «derivadas», las funciones de sujeto, las funciones de objeto y las funciones de concepto. Sujeto, objeto y concepto sólo son precisamente funciones derivadas de la primitiva o del enunciado. Por eso el espacio correlativo es el orden discursivo de los emplazamientos o posiciones de sujetos, de objetos y de conceptos en una familia de enunciados. Es el segundo sentido de «regularidad»: esos diversos emplazamientos representan puntos singulares. Al sistema de las palabras, frases y proposiciones, que procede por constante intrínseca y variable extrínseca, se opone, pues, la multiplicidad de los enunciados, que procede por variación inherente y por variable intrínseca. Lo que desde el punto de vista de las palabras, las frases y las proposiciones parece el accidente, deviene la regla desde el punto de vista de los enunciados. Foucault funda así una nueva pragmática.

Queda, por último, la tercera porción de espacio, que es extrínseca: *el espacio complementario*, o de formaciones no discursivas («instituciones, acontecimientos políticos, prácticas y procesos económicos»). En este punto Foucault esboza ya la concepción de una filosofía política. Una

13. Sobre los «esquemas preconceptuales», AS, 80-81. Sobre el ejemplo de las enfermedades de locura, su distribución en el siglo XVII, véase HF, 2.ª parte; la emergencia de la monomanía en el siglo XIX, MPR.

institución implica enunciados, por ejemplo, una constitución, una carta, contratos, inscripciones y registros. Y a la inversa, los enunciados remiten a un medio institucional sin el cual no podrían formarse ni los objetos que surgen en tales localizaciones del enunciado, ni el sujeto que habla desde tal emplazamiento (por ejemplo, la posición del escritor en una sociedad, la posición del médico en el hospital o en su consulta, en tal época, y las nuevas emergencias de objetos). Ahora bien, una vez más, entre las formaciones no discursivas de instituciones y las formaciones discursivas de enunciados, sería grande la tentación de establecer, o bien una especie de paralelismo vertical, como entre dos expresiones que se simbolizarían una a otra (relaciones primarias de expresión), o bien una causalidad horizontal, según la cual los acontecimientos y las instituciones determinarían los hombres como supuestos autores de enunciados (relaciones secundarias de reflexión). Sin embargo, la diagonal impone una tercera vía: *relaciones discursivas con los medios no discursivos*, que no son ni interiores ni exteriores al grupo de los enunciados, sino que constituyen el límite del que hablábamos hace un momento, el horizonte determinado sin el cual tales objetos de enunciados no podrían aparecer, ni tal emplazamiento ser asignado en el propio enunciado. «Por supuesto, no es que la práctica política haya impuesto desde principios del siglo XIX a la medicina nuevos objetos como las lesiones de tejidos o las correlaciones anatomopatológicas, sino que ha abierto nuevos campos de localización de los objetos médicos (... masa de la población administrativamente encuadrada y vigilada... grandes ejércitos populares... instituciones de asistencia hospitalaria en función de las necesidades económicas de la época y de la posición recíproca de las clases sociales). Esa relación de la práctica política con el discurso médico surge igualmente en el estatuto dado al médico...»<sup>14</sup>

Puesto que la distinción original-trivial no es pertinente, lo propio del enunciado es poder ser *repetido*. Una frase puede ser recomenzada o re-evocada, una proposición pue-

14. AS, 212-214 (y 62-63).

de ser reactualizada, sólo «el enunciado tiene como característica el poder ser repetido».<sup>15</sup> No obstante, parece que las condiciones reales de la repetición son muy estrictas. Es necesario que exista el mismo espacio de repetición, la misma distribución de singularidades, el mismo orden de localizaciones y de emplazamientos, la misma relación con un medio instituido: todo esto constituye, para el enunciado, una «materialidad» que lo hace repetible. «Las especies cambian» no es el mismo enunciado cuando se formula en la historia natural del siglo XVIII que cuando se formula en la biología del siglo XIX. E incluso de Darwin a Simpson, no es seguro que el enunciado siga siendo el mismo, según que la descripción haga resaltar unidades de medida, distancias y distribuciones, y también instituciones completamente diferentes. Una misma frase-slogan, «¡Los locos al manicomio!», puede pertenecer a formaciones discursivas completamente distintas, según que proteste, como en el siglo XVIII, contra la confusión entre presos y locos; o reclame, por el contrario, como en el siglo XIX, manicomios que separen los locos de los presos; o se eleve, como en la actualidad, contra una evolución del medio hospitalario.<sup>16</sup> Se objetará que Foucault no hace otra cosa que afinar análisis muy clásicos basados en el *contexto*. Eso sería desconocer la novedad de los criterios que instaaura, precisamente para demostrar que se puede decir una frase o formular una proposición sin tener siempre el mismo emplazamiento en el enunciado correspondiente, sin reproducir las mismas singularidades. Y si nos vemos obligados a denunciar las falsas repeticiones al determinar la formación discursiva a la que pertenece un enunciado, descubriremos, por el contrario, entre formaciones distintas fenómenos de isomorfismo o de isotopía.<sup>17</sup> En cuanto al contexto, éste no explica nada, puesto que no tiene la misma naturaleza según la formación discursiva o la familia de enunciados considerados.<sup>18</sup>

15. AS, 138.

16. HF, 417-418.

17. AS, 210.

18. AS, 129 (recusación del contexto).

Si la repetición de los enunciados tiene condiciones tan estrictas, no es en virtud de condiciones externas, sino de esa materialidad interna que convierte a la repetición en la potencia propia del enunciado. Pues un enunciado siempre se define por una relación específica con *otra cosa* del mismo nivel que él, es decir, otra cosa que le concierne (y no su sentido o sus elementos). Esta «otra cosa» puede ser un enunciado, en cuyo caso el enunciado se repite abiertamente. Pero, en última instancia, es necesariamente otra cosa que el enunciado: es un Afuera. Es la pura emisión de singularidades como puntos de indeterminación, puesto que no están todavía determinadas y especificadas por la curva de enunciado que las une y que adquiere tal y tal forma en su entorno. Foucault muestra, pues, que una curva, un gráfico, una pirámide son enunciados, pero que lo que representan no es un enunciado. De igual modo, las letras que transcribo, AZERT, son un enunciado, aunque esas mismas letras en el teclado no lo sean.<sup>19</sup> En esos casos, vemos que una repetición secreta anima el enunciado; y el lector vuelve a encontrar un tema que ya inspiraba las páginas más hermosas del *Raymond Roussel*, sobre «la ínfima diferencia que induce paradójicamente la identidad». El enunciado es en sí mismo repetición, aunque lo que repite sea otra cosa, que, sin embargo, puede «ser extrañamente semejante y casi idéntica a él». En ese caso, el mayor problema para Foucault sería saber en qué consisten esas singularidades que el enunciado supone. Pero *La arqueología* sólo llega hasta ahí, todavía no tiene que analizar ese problema que desborda los límites del «saber». Los lectores de Foucault adivinan que hemos entrado en un nuevo dominio, el del poder, en la medida en que se combina con el saber. Los libros siguientes lo explorarán. Pero ya presentimos que AZERT, en el teclado, es un conjunto de núcleos de poder, un conjunto de relaciones de fuerzas entre las letras del alfabeto en la lengua francesa, según sus frecuencias, y los dedos de la mano, según sus distancias.

19. AS, 114-117 (y 109).